

SANTIAGO DE CHILE, DOMINGO 6 DE JUNIO DE 2021

CECILIA VALDÉS URRUTIA

En el país de las hermosas pinturas del mundo flotante de la Escuela Ukiyo E, del período Edo, y del genial Hokusai y sus universales vistas del Monte Fuji, el fino arte textil tiene también una historia milenaria. “Los japoneses mantienen y protegen con orgullo sus tradiciones textiles. Me comueven de ellas la delicadeza y el desarrollo de la presencia y la fuerza del vacío”, señala Carolina Yrarrázaval (1960), una de las artistas más sobresalientes de esta expresión en la escena nacional, con 40 años de trayectoria.

Premio de la Crítica de Arte 2013, en la actualidad está exponiendo en uno de los espacios gravitantes del arte textil en Japón, “Gallery”, ubicado en la antigua ciudad de Kioto (aún con sus cerezos en flor). El director del Museo de Arte Moderno, Kikkun Terakubo, adquirió grandes tapices de Carolina Yrarrázaval para el museo. “Elegió el telar ‘Medioevo’, en crudo y negro, y ‘Entrelazado’, tejido en yute, lino y algodón”. La exposición ha sido particularmente celebrada por la crítica y expertos de ese país.

“Los artistas japoneses han recomendado ir a ver mi muestra, que exhibe técnicas y formas de mucho interés, según dicen. Es muy bonito el reconocimiento de mis fantásticos pares de esa cultura”, cuenta a “Artes y Letras”. Y subraya “el valor de la sombra y las sutilezas de la

estética japonesa”. El arte textil es tan esencial en Japón que es motivo en obras literarias como la delicada y profunda novela “Kioto”, de Yasunari Kawabata, Premio Nobel de Literatura 1968.

Pero, al mismo tiempo, Carolina Yrarrázaval está exponiendo en Nueva York, en el centro “Browninggotta arts”. Participa en una colectiva con más de 50 artistas de diversos países. “Todos están con una sola obra y fui la única elegida con más de 10 tapices”. Sus refinados exponentes contemporáneos y minimalistas, contenidos en color, parecen desplazarse en el espacio; “en un montaje novedoso que invita a un juego visual, táctil, sensual”.

La artista vive, desde hace unos años, “entre las rocas, los pinos y el mar”, en la comunidad Los Chaguales, en Punta de Tralca, que fundaron en los años 80 su padre, el artista Ricardo Yrarrázaval, con Nemesio Antúnez, Carmen Waugh, los Balmes y otros próceres del mundo creativo que vivían allí, junto a otros creadores que los visitaban como Enrique Zañartu, su atormentado y genial tío, el poeta Renato Yrarrázaval o el fotógrafo de Magnum Keko Larraín, como le llamaban sus amigos. “Consevo aquí un taller con dos antiguos telares, uno vertical y otro horizontal. Y sigo investigando sin detenerme, buscando aportar”, no cuenta la artista desde el mar a donde la visita su hijo pintor.

“Me fascina la forma de contemplar el vacío”

—¿Cómo le influye el arte japonés en sus tapices semiabstractos que dialogan con la naturaleza?

—Poco a poco fui investigando y viendo la mejor forma de ver la naturaleza, y ello lo encontré en el arte y la cultura japonesa. Me seduce la manera en cómo contemplan el vacío, el logro magistral de las sombras, las sutilezas. El arte textil en Japón, primero, se integró al vestuario clásico con el kosode y luego al kimono, cuyas técnicas aportan nuevos lenguajes contemporáneos con autores como Issey Miyake”.

—El minimalismo de sus tapices se relaciona con la estética japonesa, con su gran arquitectura?

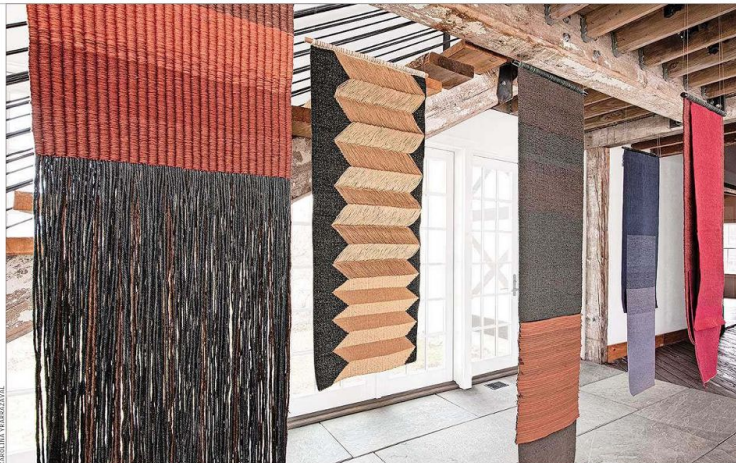
—Sí, y es un minimalismo que no solo tiene relación con la arquitectura, sino que está en la vegetación, en la jardinería. Es esencial en el uso de luces y sombras. He descubierto que tengo algo de eso. Me siento muy afín con la estética japonesa. Han llegado a algo sublime con la persistencia de la sombra, al punto que hay museos en Japón que están en completa oscuridad y hay que esperar, con paciencia, para que el ojo descubra en penumbra lo que hay allí. Al entrar en una sala priman las sensaciones”.

—Dijo que los japoneses le enseñaron la imperfección de la belleza.

—Una tiene una formación muy estructurada en todo, en la vida. Y especialmente se da en el arte del tejido, que tiene una estructura en donde se está construyendo lo que uno va creando, y es muy difícil romper esa vertical horizontal. La maravilla fue cuando se descubre que la obra no está saliendo bien, hay una deformación en el tapiz, se rompen estructuras, pero se percibe una belleza. Hay una mirada diferente para desarrollar una belleza de la imperfección, que aprendí de los japoneses”.

—¿Algún ejemplo reciente?

—Uno muy claro es que siempre hacía los bordes de los tapices muy verticales y rectos, y de repente se me deformaban,



Los tapices de la autora nacional protagonizan la exposición en Connecticut. Invitan a una experiencia muy viva, táctil y sensual de su obra que toma de la delicadeza y del minimalismo japones. Y de la riqueza simbólica de las culturas andinas.

EN KIOTO Y NUEVA YORK | Exposiciones de la artista chilena:

Los genuinos tapices de CAROLINA YRARRÁZAVAL: la imperfección de la belleza

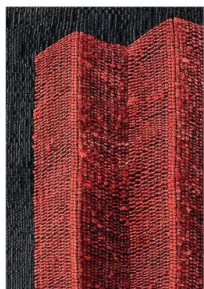
Es considerada una de las artistas textiles más sobresalientes de la escena nacional. Sus tapices tienen una relación con la estética japonesa y con el mundo precolombino. Acaba de inaugurar en Japón y el Museo de Arte Moderno de Kioto • adquirió obra suya. Mientras, en Nueva York, protagoniza una gran colectiva.



En la mítica comunidad Los Chaguales, junto al mar, vive y teje en los telares de su taller dando vida a obras muy estéticas y que cruzan lo contemporáneo y la tradición.



El negro y el crudo están entre sus favoritos. Solo teje con fibras naturales.



Juega con los volúmenes, con el color y la sombra en sus refinadas piezas.



Su muestra en Kioto es celebrada por sus pares japoneses que recomiendan “no dejar de ir a verla, por sus aportes”.



Tapiz realizado en plena pandemia en seda, lino y algodón. Tiene su par en color crudo.

Comencé a acentuarlo. Hice varios tapices que crearon curvas, formas, los expuse en el Mavi y gané el premio de la Crítica de Arte”.

Pero su mirada no viene solo de la estética japonesa. Proviene de los Andes, de la soledad. “El textil andino para mí es una joya, es sublime en cuanto técnica y

estética. Y viene de mi infancia como el minimalismo. Tiene que ver con cómo a uno le gusta vivir: con austeridad”.

Tejer y destejer

—¿Cómo parte hoy un tapiz? ¿Hace un dibujo, un boceto antes de empezar en el telar o asume más riesgos?

—Siempre he estado haciendo bocetos, dibujando mis ideas para no olvidarlas. Antes, hacía diseños más rigurosos, ahora son bosquejos que se van transformando solos, porque no es lo mismo imaginar a ir viendo el tejido en un telar. Hay que cambiar y arriesgarse para poder seguir creando”.

—¿Le ha pasado algo similar como a la mítica Penélope, de la Odisea, que tejeja y destejea?

—Muchas veces he tejido y destejido, rié. Y algunos tapices los he cambiado o reciclado. Se necesita una mirada honesta al terminar una obra. Si uno no está satisfecho, hay que continuar. Y como el textil da para tantas cosas, después del tejido se puede teñir y transformar”.

—Y entre los pintores, ¿quienes le interesan más? ¿Un Rothko? ¿Un Morandi? Su obra parece una pintura minimalista llevada al tapiz.

—Sí. Y hay, por otro lado, pinturas que se inspiran en los tapices. Me marcan quienes trabajan con lo oscuro, me gusta mucho El Greco. Me vienen los colores de la naturaleza. Y del arte japonés tengo especial interés por Chiyoeko Tanaka, Hiroyuki Shindo y Jun Tomita”.

—Incorpora mucho el color negro.

—Me fascina. En el textil el negro es muy usado por el tema funerario. Son textiles destinados a cubrir los cuerpos de los reyes. En el plano de las sensaciones, la profundidad y seriedad del negro es fundamental. Estoy exponiendo varios tapices con negro, a los japoneses les gusta mucho”.

Carolina Yrarrázaval juega también con el rojo (en una línea, con un trazo), y agrega a veces el fucsia, el crudo y un hermoso azul que parece venir del mar. “En el Museo de Arte Precolombino hay mantos negros con toques de color con una intensidad sublime”, añade.

El hacer precolombino y el mundo social

Un antiguo estable reaconicionado en una gran casa de residencia y lugar de exposición es la sede del influyente centro de arte textil en Connecticut, donde

exhiben a artistas del mundo. Carolina es la única en exponer este año varias piezas. “Hay textiles nuevos, hechos en pandemia, como una pareja de tapices trabajados en lino con una textura que sobresale, uno en negro y el otro en tonos crudo. Son los opuestos, pero compañeros al fin y con un toque de rojo!”.

—Y el diálogo que va produciendo entre el lino, la seda, el yute y otros materiales es clave en su manualidad?

—“Absolutamente, y desde el principio me gustaron los materiales vegetales, especialmente el lino. Tiene un carácter, una fuerza, un peso y una caída muy lindos, y al tacto me agrada mucho. Es un poco más áspero; en cambio, la lana es muy dúctil y eso no me gusta mucho. Mezclar lino con seda adquiere un brillo, una luz y una caída hermosa. Y me ha interesado mucho jugar con las yutes y sombras. Lo vegetal permite intervenir con belleza, teñir y destejer”.

—En las principales bienales y museos del exterior se observa un gran protagonismo del arte textil, ¿cómo lo ve aquí?

—Hay una mayor valoración en Chile del textil contemporáneo. Los museos, las galerías y curadores le están dando una enorme trascendencia, lo que no sucedió hace 30 años. Mientras en el exterior desde hace tiempo es muy apreciado y hay grandes artistas textiles en museos del mundo como Sheila Hicks (quien visitó especialmente a Yrarrázaval en su taller), Maddalena Abakanowicz, Jagoda Buic, la chilena Cecilia Vicuña”.

—Usted participó en esta revalorización de los tapices manuales y fundó talleres.

—Formé mi taller personal e hice clases durante 40 años. Fue muy enriquecedor entregar lo que pude y sabía. Y sigo investigando, ahora no doy clases, porque vivo alejada. Pero me siento muy plena de haber enseñado. Hay varios que siguen haciendo exposiciones”.

—Trabajó en los años 80, en la población La Bandera. ¿Como fue esa experiencia social?

—“Cuando formé mi taller, al poco tiempo aparecieron allí unas personas de la teología de la liberación para pedirme que hiciera un taller de tejido a telar en la población La Bandera. Acepté. Iba una vez a la semana. Fue muy bonito ayudar para que las mujeres hicieran algo propio, para que pudieran desarrollarse. Conoció gente fantástica. Y vi la otra realidad de los años 80. Me invitaron a integrar la agru-

pación contra la tortura “Sebastián Acevedo”, que la formó José Aldunate. Participé. Hacíamos protestas pacíficas, muy rápidas, para no correr peligro y no poner en peligro a nadie”, cuenta con templanza.

Y vuelve a pensar en el mundo precolombino: “Hay que volver a leerlo. Es único. Admiro la calidad del tiempo que dedicaban al tejido las mujeres y hombres precolombinos. Y con esa capacidad para recordar cada figura y formas matemáticas. Incluso los niños podían hacer lo mismo, sin dibujo ni papeles, pero con una delicadeza y un contenido simbólico sublime y en conexión con el alma”.

El minimalismo viene también de cómo a uno le gusta vivir.